

Ortega necesitaba proporcionarse lo necesario para hacer frente á las primeras necesidades de la vida, y en 1817 obtuvo un empleo en la escribanía de la casa de Moneda. En 1822 fué electo diputado al primer Congreso, y fué de los pocos que hicieron la oposicion al imperio de Iturbide. Dos años despues fué encargado de la prefectura del distrito de Tulancingo, en cuyo desempeño, ya por sus trabajos estadísticos, ya por su afan en atenuar los odios causados por los partidos, se granjeó el aprecio de los habitantes de aquella region. Perteneció despues á la legislatura del Estado de México hasta el año de 1832, y en el siguiente fué nombrado subdirector del establecimiento de ciencias ideológicas y humanidades, creado por el plan de estudios de esa época. Sirvió despues en la oficina de contribuciones directas, y fué contador de la administracion principal del tabaco. En 1837 se le vió como miembro del Senado; perteneciendo en 1841 á la Junta legislativa que se encargó de formar las "Bases Orgánicas" que rigieron despues de la caida del general Bustamante. En 1848 fué encargado por la Comision de estadística militar para la formacion del "Diccionario geográfico de la República," que no pudo llevar á efecto por lo decaído de su salud, que fué siempre endeble, aun desde niño.

Sus ideas republicanas estaban bien desarrolladas, y las sostuvo repetidas veces, en *El Federalista*, *El Reformador*, *La Oposicion* y otros periódicos, y escribió varios folletos y opúsculos, entre los que merece particular mencion una "Disertacion sobre los bienes eclesiásticos," escrita para un concurso abierto por las autoridades de Zacatecas.

Pero el principal mérito del Sr. Ortega consiste en sus composiciones poéticas. Ya cuando concurría á la casa del Dr. Montaña, presentó un poema sobre la venida del Espíritu Santo, que fué premiado, y publicado en su tomo de poesías. Para celebrar la entrada del ejército libertador en 1821, compuso un melodrama intitulado "México Libre." Dejó á su muerte inéditas varias composiciones originales y traducidas, con que se podría formar un segundo tomo; y además una traduccion de la "Rosmunda" de Alfieri, y un drama original llamado "Cacamatzin,"

y sin concluir una comedia intitlada "Los misterios de la imprenta," pensando escribir un poema sobre Colon.

Escribió un apéndice para la obra del Lic. D. Mariano Veytia sobre la historia de México, y cuando en 1845 el Sr. D. Francisco Fagoaga abrió un concurso con el apoyo del Ateneo Mexicano, ofreciendo un premio al que presentase la mejor memoria sobre los medios de desterrar la embriaguez, el Sr. Ortega, con su opúsculo, ganó el premio ofrecido.

Dedicado á la educacion de sus hijos, al cultivo de la literatura, que no llegó nunca á abandonar, y al progreso de su patria, le sorprendió la muerte el dia 11 de Marzo de 1849, y su pérdida debe ser sentida por todos los que se glorien de ser buenos ciudadanos, buenos padres de familia y amigos de las letras.

Acerca de las poesías de Ortega se han pronunciado diversas opiniones. Arróniz se expresa así:

"Su mérito principal no consiste en la viveza y color de las imágenes, en el sentimiento y ternura de las composiciones, sino en el estudio profundo que hizo de los clásicos latinos y españoles, notándose su destreza en el manejo del idioma, su ideología y su buen gusto, que le colocan en lugar notable en la república de las letras."

Pimentel, el reputado filólogo y crítico, que por su erudicion y por su clara inteligencia ha conquistado un nombre inolvidable dentro y fuera del país, consagra á Ortega un extenso estudio en su "Historia crítica de la literatura mexicana," y le presenta como tipo entre los poetas que han escrito en el tono templado.

No será inoportuno, ántes de terminar los apuntamientos biográficos de este poeta, llamar la atencion acerca de un hecho verdaderamente excepcional. D. Francisco Ortega ha sido el fundador de una familia cuyos miembros todos han dado honra, no sólo á su apellido, sino á la nacion que con orgullo los cuenta entre sus hijos.

Sucede casi siempre que los sabios y los varones más esclarecidos no dejan, al morir, un hijo solo que los reemplace. Sea

que la naturaleza no prodiga sus dones á los miembros todos de una misma familia, sea que los hombres prominentes descuidan la educacion de sus hijos, éstos ó son vulgares ó no pasan de medianías, y rarísima vez llegan á tener de ilustres otra cosa más que su apellido: nada tienen por propio merecimiento. Los hijos de D. Francisco Ortega han sido en México la excepcion de esa regla, por su ciencia, por su amor al arte, por sus virtudes privadas, y ocupan en la sociedad y en las academias un lugar distinguidísimo.

Si desde la eternidad es dado al hombre saber lo que pasa en el mundo, D. Francisco Ortega debe ver como el mejor premio de sus buenas acciones, la manera con que sus hijos honran su nombre!

---

### ORTEGA, Aniceto.

---

Honra de la patria, de la ciencia y del arte, el señor doctor D. Aniceto Ortega causó con su muerte una pérdida irreparable á la sociedad mexicana, el día 17 de Noviembre de 1875.

¡Parécenos que fué ayer! Tan vivos así son los recuerdos que conservamos de la fúnebre ceremonia dispuesta por la Escuela de Medicina para tributar el homenaje postrero al doctor Ortega. El salon de juntas estaba convertido en capilla ardiente, y en el centro se elevaba el túmulo. Numerosa y escogida concurrencia llenaba el salon; las clases todas de la sociedad estaban allí representadas; las corporaciones literarias habian enviado, como las científicas y las artísticas, oradores que encomiasen las grandes dotes del ilustre difunto, y no habia una sola persona que no llevase marcada en el semblante la tristeza más profunda; era que todos amaban al hombre; era que todos lamentaban la

pérdida del sabio artista; era que para nadie podia ser indiferente la desaparicion del doctor Ortega, en quien sus compatriotas veian un título de gloria para la República.

Entre los oradores, ocupábamos el último lugar, enviados por el "Liceo Hidalgo." Séanos permitido reproducir algunas de las palabras que en elogio del doctor Ortega pronunciamos entónces, no para hacer alarde de la participacion que tomamos en aquella solemnidad fúnebre, sino para que se vea que no por llenar algunas páginas más en este libro, y sí por el gran concepto que siempre nos ha merecido, honrarnos la memoria del doctor D. Aniceto Ortega.

El dogma del sabio cuya muerte lamentamos,—dijimos—se sintetiza en esta sola palabra, más trascendental, más grande que cuantas ha inventado el orgullo del hombre: el deber. Por eso, señores, Aniceto Ortega es del número de aquellos seres para quienes la inmortalidad no es un sueño. Los muertos tienen vida, decia el gran orador romano, y ésta consiste en la memoria de los vivos. ¿Quién de vosotros, quién que hubiese conocido á ese sacerdote de la ciencia y del arte, cuyo ideal hermoso era establecer una armonía perfecta entre la inteligencia y el corazon, podrá borrar de su memoria al que con su bondad, con su sabiduría y su virtud ha grabado su nombre en los anales de la ciencia médica, en las armoniosas notas de sus composiciones musicales, en las profundas observaciones de sus estudios físico-químicos, y lo que es más todavía, ¿qué madre habrá de aquellas infinitas á quienes Aniceto Ortega auxilió en las supremas horas de dolor, que no enseñe á sus hijos á pronunciar con amor y con respecto el nombre del sabio doctor?

"Non omnis moriar," pudo haber exclamado con el poeta latino, Aniceto Ortega, porque ha de vivir mientras un cataclismo no destruya las obras que dejó y con ellas el relato de esta ceremonia en la que las sociedades científicas, literarias y artísticas de la capital de la República vienen á hacer una pública manifestacion de su duelo por la muerte de uno de los hijos más ilustres de la patria.

"El "Liceo Hidalgo," que poseia un título de gloria contando

entre sus miembros al doctor Aniceto Ortega, me ha honrado comisionándome para ser el intérprete de su profunda pena. El "Liceo Hidalgo" no me envía á cumplir meramente con un deber de cortesía para con la ilustre Escuela de Medicina que nos ha convocado; igual pérdida ha sufrido el "Liceo," no es ménos profundo su duelo.

La familia pensadora de México acaba de ver desaparecer de su seno á uno de sus hijos más ilustrados; la humanidad á uno de sus miembros más útiles; la patria á uno de sus mejores ciudadanos. ¿Qué mayor título de gloria, qué inmortalidad de las que ambiciona el hombre, puede compararse á la que ha alcanzado Aniceto Ortega al bajar al sepulcro en medio de las lágrimas de cuantos conocieron sus obras, de cuantos pudieron apreciar sus cualidades y de cuantos desean que en la ciencia y en las letras figure México entre las primeras naciones del mundo, como figura ya el primero entre los pueblos libres? Ah! señores, muy justo es el dolor que nos embarga, porque es muy grande la pérdida que hemos sufrido!

Pero si es verdad que es irreparable, atenúese al ménos nuestro dolor ante la consideracion de que el sabio que ha muerto nos ha legado el recuerdo de sus virtudes, que pueden servirnos de modelo si queremos ser útiles á nuestra patria y llorados por ella despues. Cuando un árbol muere, se levantan sus renuevos; así los hijos y los discípulos del doctor Aniceto Ortega, para honrar dignamente su memoria, y perpetuarla, se elevarán á las esferas á que él con su ciencia llegó, y dirán á las nuevas generaciones que la única manera de vencer á la muerte es conquistar la gloria que alcanza el que hace el bien á sus semejantes, el que cumple con su deber.

No eran éstas vanas declamaciones dictadas por la estimacion personal, que á haberlo sido, no habrian hallado un eco en la reunion. Extensos y más elocuentes panegíricos se pronunciaron entónces, y si de ellos no extractamos algunos pasajes, como en casos análogos lo hemos hecho, es porque al trazar estas líneas no los tenemos á la vista.

Mientras nos es dado escribir una verdadera biografía del

Dr. Ortega, darémos á conocer los principales rasgos que le caracterizaban.

Hijo del poeta y escritor D. Francisco Ortega, de quien con el debido elogio hablamos ya, Aniceto Ortega nació en México, é hizo aquí sus estudios preparatorios en el Colegio de San Ildefonso. Terminados, entró á la Escuela de Medicina, en donde con lucimiento cursó todas las materias hasta recibir el título profesional.

Aniceto Ortega unia un gran corazon á una grande inteligencia. En la vida privada inspiraba profundas simpatías por la nobleza de sus sentimientos, siempre elevados, siempre generosos; por sus aspiraciones á todo lo que era bello y bueno, grande y útil; por su afabilidad, su indulgencia, su franqueza, su lealtad, su modestia, su sencillez y la igualdad de su carácter justo, recto, siempre inclinado á la benevolencia.

Como hombre científico era un erudito, un enciclopedista cuyo espíritu analítico habia profundizado todos los conocimientos humanos.

Sus sólidos estudios le conquistaron un rango eminente en nuestra Facultad de Medicina; hizo de la obstetricia su especialidad, y podemos asegurar que en la difícilísima labor que se impuso, fué no solamente uno de los más sabios médicos mexicanos, como lo proclama unánimemente su inmensa clientela, sino el hombre de corazon tierno y compasivo que veía en el amor á la ciencia algo más grande que la simple ambicion del saber: el amor á la humanidad.

Aniceto Ortega era infatigable en el trabajo; enemigo jurado de toda rutina y de toda preocupacion, su afán incesante era marchar con su tiempo, estar al nivel de todos los adelantos que la medicina y sus auxiliares hacian en el mundo intelectual, y proceder desde luego á implantarlos en México, despues de una crítica imparcial y oportuna. Sus colegas le consultaban con frecuencia; en ciertas enfermedades era un oráculo su palabra, y siempre un manantial de consuelo para el pobre enfermo.

Corazon bien puesto y abierto á todas las impresiones buenas, la envidia y los celos nunca pudieron albergarse en él, y sus

más conocidos rivales sabían bien que los tesoros de la ciencia que había adquirido durante una vida de estudios y de desvelos, eran prodigados por él, sin reserva alguna, y que jamás explotó la ignorancia de los demás en provecho propio. Aniceto Ortega era todo sentimiento y bondad. En su ardiente imaginación bulleron siempre sabios y excelentes proyectos que, realizados, habrían contribuido extraordinariamente á la gloria de la medicina mexicana.

Así lo probó en el hospital de Maternidad, donde su benéfica influencia se hizo sentir durante los últimos años. Ese establecimiento, aunque insuficientemente dotado, está hoy á la altura de los mejores del extranjero, y este resultado se debe en gran parte á sus esfuerzos. Como profesor, sus discípulos de la Escuela de Medicina no olvidarán jamás aquella elocuencia serena y filosófica en que se revestían los más áridos problemas de la ciencia con un ropaje lleno de atractivos, y cuyo velo era descorrido por la mano del maestro, lenta, pero segura y atrevidamente, hasta donde la potencia del sabio puede llegar hoy.

En el Consejo Superior de Salubridad prestó importantísimos servicios á la ciudad de México, tomando parte principal en la redacción de esos luminosos informes que vienen de vez en cuando á consolar á los habitantes, de la ineptitud de los ediles, con la convicción de que hombres de bien é inteligentes se preocupan asiduamente de asegurar el bienestar higiénico de la población.

Era poeta y músico; poeta, sólo á un círculo muy reducido de amigos íntimos reveló las dulces inspiraciones de su musa: músico, entusiasmó á todo un pueblo con los patrióticos acentos de su "Marcha Zaragoza:" sus nocturnos, sus melodías, sus grandes fantasías y sus deliciosos walses tenían un sello de originalidad y sentimentalismo, de gracia y distinción, de buen gusto y delicadeza, que enajenaban á cuantos los oían: como pianista ejecutante, su estilo era correcto y brillantísimo: como compositor, le proclamaban todos el Chopin mexicano.

Poco ó nada hemos tenido que decir por cuenta propia acerca del raro mérito del Dr. Ortega. Consúltese á cuantos le tra-

taron; léase lo que con motivo de su muerte dijo la prensa, y se verá que no hemos hecho otra cosa sino recoger opiniones autorizadas para tejer la corona del ilustre profesor.

### ORTIZ DE DOMINGUEZ, Josefa.

Guárdanse en las páginas de este libro como en panteón sagrado los nombres de Hidalgo y de sus invictos compañeros, y debe guardarse también aquí el de D<sup>a</sup> María Josefa Ortiz de Domínguez, á quien generalmente se conoce por *La Corregidora*. Para trazar su biografía son incompletos, es verdad, los datos que existen; pero para ensalzar su gloria, para recordar cuán inmensa es la deuda de gratitud que los mexicanos tienen para con ella, siempre hallará palabras quien le tributa, como el autor de esta obra, culto ferviente.

Hija de un capitán del regimiento llamado de los *Morados*, de apellido Ortiz, y cuyo nombre no nos ha conservado la historia, D<sup>a</sup> María Josefa Ortiz nació en la ciudad de México. Dotóle la naturaleza de extremada hermosura, y puso en su corazón sentimientos más hermosos todavía.

Muerto su padre, quedó ella, que era muy joven aún, gozando de un modesto montepío que le permitía vivir en el Colegio de las Vizcainas. Cualquiera creería que nuestra heroína adquirió, por este motivo, cierta instrucción en aquel plantel, mediana que fuese. Pero no sucedió así. En aquella época estaba prohibido que la mujer mexicana aprendiera á escribir, *para evitar*, decían, *que contrajese relaciones amorosas*; y á la joven Ortiz, como nacida y crecida en la capital de la entonces Nueva España, no se le enseñó más que á leer.

Un día, el Lic. D. Miguel Domínguez hizo una visita al Colegio de las Vizcainas, y al ver á la encantadora pensionista pren-